

# Boxeador **CARISMÁTICO** **GUANTEA** con la vida

**Anthony Luis Crespo Parrondo, 24 años, mostoleño del Distrito Oeste y boxeador emergente. Tercero de cinco hermanos, este joven menudo, obsesivo y batallador se ha criado con valores y estrecheces. En Anthony guantea es sinónimo de estar centrado, en el cuadrilátero y en la vida. Su fama de “personajillo” y buen compañero hizo que tuviera más seguidores que nadie en las gradas de su último combate, en el Joan Miró de Móstoles.**

**A** Anthony le gusta el boxeo desde niño. “Siempre fui un poco guerrero y en casa con mis hermanos y hermanas el juego era boxear”. Aquel divertimento casero se convirtió en algo más cuando el hermano mayor, Álex, le hizo una propuesta tentadora: “Como no estudiaba mucho, me ofreció pagarme las clases de boxeo a cambio de que me centrara en los estudios”. Allí empezó su historia en el gimnasio Olimpia, con José, el propietario y su entrenador todavía hoy. De no aprobar pasó Anthony a obtener sobresalientes en el colegio. “Sólo tenía ganas de entrenar y, al terminar, volvía a casa y me ponía estudiar. Mi calle era el gimnasio, salía a correr con todos los que tenían una pelea, guanteaba con todos y tenía ganas de estudiar, en vez de bajar al parque”.

**“Sólo tenía ganas de entrenar y, al terminar, volvía a casa y me ponía a estudiar. Mi calle era el gimnasio”**

Pero aquel tiempo extraordinario no duró para siempre. Al “año y pico” al hermano, que ejercía de cabeza de familia por desgracias que no vienen al caso, al hermano se le hacía difícil pagarle el gimnasio y además Anthony quería “ganar algo de dinerillo”. Así que prescindió del boxeo y se puso a trabajar en la ferretería de un amigo. Aquello fue relativamente bien, estuvo años de ferretero, hasta que “la crisis” le dejó sin empleo. Ahora se arrepiente de haber arrinconado el boxeo tantos años, porque con las apreturas se quedó sin trabajo

cuando pensaba reengancharse a los estudios para preparar unas oposiciones.

Con la crisis retornó al Olimpia, a boxear y también a entrenar artes marciales mixtas, “porque la lucha y los



agarres se me dan bien”. Con el tiempo tuvo suerte: “Yo quería simplemente entrenar, pero se marchó el entrenador y me animaron a ocuparme yo de la clase”. Y van “dos años y pico o tres, con el más pequeño dando las clases”. En los gimnasios –dos de Móstoles y uno de Villanueva de la Cañada-, Anthony ha encontrado una forma de ganarse la vida, más el complemento de la hostelería los fines de semana, de camarero. Además, con el boxeo va más en serio que nunca. Lleva ocho combates: dos nulos, cuatro victorias y dos derrotas, “las del inicio”. Distrito Joven conoció a Anthony en su último combate en *casa*, en el polideportivo Joan Miró. Allí nos deslumbró ese joven fibroso y ligero que recibió tantos vítores al salir a escena y que se aupó al ring de forma insólita, espectacular, por debajo de la última cuerda, girando sobre sí mismo. “Siempre me he llevado bien con todo el mundo, hago bromas a los nuevos para que se integren, soy lo que llaman un personajillo y además tengo una familia larga, todo eso junto hizo que tuviera tantos seguidores en la velada en Móstoles”. La pelea terminó en nulo, pero fue vibrante, disputada y sin tregua. Y eso que no estaba fácil: el oponente era “un chaval fuerte y listo” y tenía combates a sus espaldas, a di-

ferencia de Anthony, que llevaba “mucho tiempo sin pelear por la fractura de un brazo”.

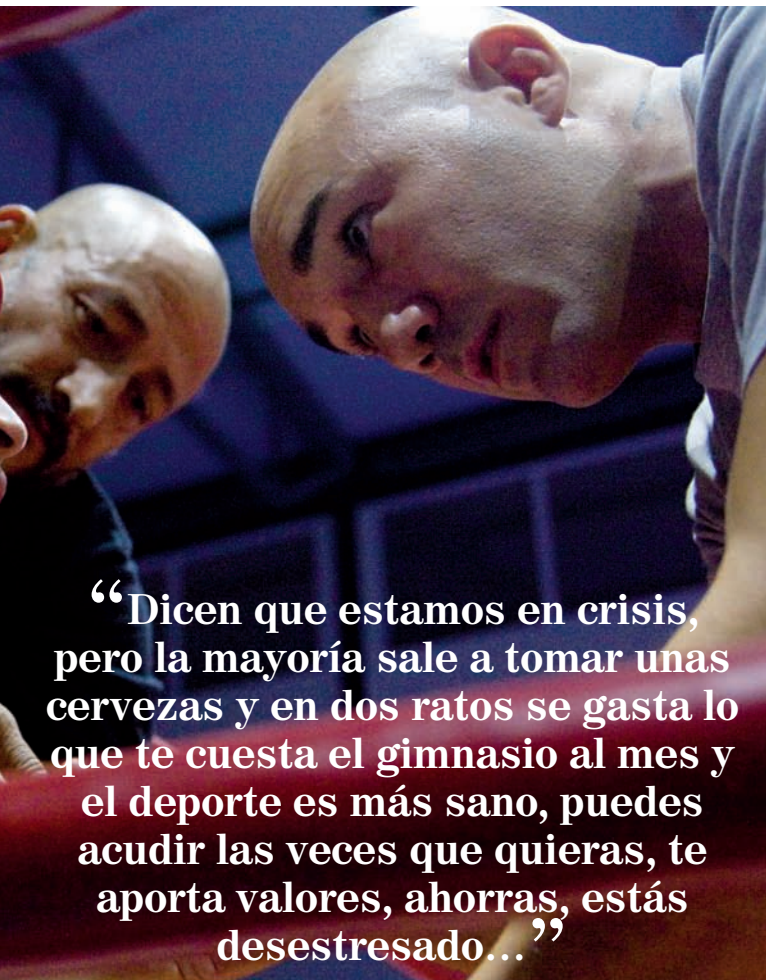
Cuando llegó la hora de la pelea, el boxeador mostoleño no estaba precisamente descansado: por sacarse un dinerillo extra (el combate le reportó “60 euros”) colaboró con el bar de la



velada, así que a las 10 de la mañana ya estaba haciendo bocadillos en casa, hasta 200 bocatas con ayuda de su novia Cynthia y la abuela María. De hecho, no pudo celebrar siquiera el buen combate como le hubiera gustado, comiéndose un chuletón gigantesco, porque tuvo que dedicarse a recoger todos los aparejos de la barra de la velada.

“La vida me ha enseñado que aquí nadie te regala nada”. En boxeo eso significa “que cuando te crees algo viene un chaval de 15 y te da un repaso; el que se confía lo paga”. Al acabar cada combate, se repite “No vuelvo a pelear”, porque la recompensa económica es mínima (“isi en fisios me he gastado más de lo que voy a cobrar!”) y “no está reconocido el esfuerzo”. “Pero, cuando te subes al ring, lo sueltas todo, todo cambia, y se aprende mucho; yo siempre fui un cazurro, iba a por todo, y el entrenador me ha enseñado a que sea más calculador; que me mueva, que evite el intercambio de golpes; he entendido que el boxeo es el deporte con más técnica y que exige más cabeza, debes tener la mente fría, en el ring la cabeza manda, contrariamente a lo que mucha gente cree”.

Los amigos de Anthony le dicen que es “un enfermo del gimnasio”. “Quizás tengan razón porque cuando no voy al gimnasio me falta algo”. Su ejemplo le sirve para hacer una apología de la vida sana, para convencer a los que se resisten. “Dicen que estamos en crisis, pero la mayoría sale a tomar unas cervezas y en dos ratos se gasta lo que te cuesta el gimnasio al mes y el deporte es más sano, puedes acudir las veces que quieras, te aporta valores, ahorras, estás desestresado...” ■



**“Dicen que estamos en crisis, pero la mayoría sale a tomar unas cervezas y en dos ratos se gasta lo que te cuesta el gimnasio al mes y el deporte es más sano, puedes acudir las veces que quieras, te aporta valores, ahorras, estás desestresado...”**